

llevado a convertir muchos barrios, calles y casas de la ciudad en verdaderas cárceles.

Como conclusión general del estudio, los autores señalan que no hay plena coincidencia entre el miedo imaginado y el miedo vivido, pues el primero tiende a ser mucho más intenso que el que se presenta en la realidad cotidiana. Además, quienes más expresan miedo son aquellas personas que menos conocen y recorren la ciudad, lo que hace que el miedo imaginario sea mayor y se confirme o justifique el desconocimiento de la ciudad.



Los autores se han esforzado por medir el miedo en la ciudad, y por eso la mayor parte del libro es un recuento o una descripción de los resultados estadísticos encontrados. Esto, como es costumbre en este tipo de estudios, hace un poco pesada la lectura, pues el texto está recargado de cuadros, diagramas, mapas, barras y datos estadísticos. Todo este tipo de información ocupa algo así como el ochenta por ciento del texto, lo que no es muy atractivo para el lector. Pero en las pocas páginas en que los autores hacen análisis cualitativos e intentan ir más allá de los datos estadísticos, efectúan interesantes acotaciones y reflexiones, como en el caso de los estereotipos, o cuando transcriben testimonios de la manera como algunos ciudadanos expresan su miedo con referencia a ciertos sectores de la ciudad. Con base en el esfuerzo empírico de los

autores de este estudio, ellos mismos hubieran podido profundizar en las implicaciones de esa información, como a veces tratan de hacerlo en determinadas partes del libro, pero lamentablemente esas consideraciones están subordinadas a la presentación in extenso de la información cuantitativa.

RENÁN VEGA CANTOR

Regionalismo sin regiones

Ante la crisis del país

Orlando Fals Borda

El Áncora, Bogotá, 2003, 255 págs.

La fértil producción intelectual de Orlando Fals Borda ha marcado el último medio siglo de la vida intelectual de Colombia y su costa norte. En 1956 murió en Barranquilla Luis Eduardo Nieto Arteta, a quien se considera el pionero de una nueva manera de escribir la historia del país, con una orientación fundamentada en las ciencias sociales y no como simple narrativa de personajes y hechos. Por esa misma época, Fals iniciaba su fructífera actividad investigativa. En 1955 publicó *Campesinos de los Andes*, su tesis de maestría en sociología en la Universidad de Minnesota. En los siguientes decenios su vitalidad intelectual le ha permitido acumular una extensa y valiosa obra, entre la cual habría que destacar la monumental, controvertida y hermosa *Historia doble de la Costa*.

No tengo duda de que Orlando Fals Borda y Luis Eduardo Nieto Arteta constituyen las figuras cimeras de las ciencias sociales costeñas en el siglo XX. Sus aportes e influencias son enormes. Es precisamente por esa razón que para los científicos sociales del Caribe colombiano de comienzos del siglo XXI resulta imprescindible establecer nuestras diferencias, sin titubeos

hamletianos, con estos pensadores canónicos. Esa reacción ante su obra debe ser punto de partida para el pensamiento costeño en el siglo que apenas se inicia. Por esa razón y porque la simpatía personal de Orlando Fals no permitía otra cosa, acepté con entusiasmo la invitación a comentar su último libro *Ante la crisis del país. Ideas-acción para el cambio*. Al leerlo, se encuentra uno con un Fals que a los 78 años de edad está en la plenitud de su actividad intelectual, renovado y proponiendo soluciones para los grandes problemas sociales y políticos de Colombia.

El libro que estamos comentando aborda muchos de los temas que Fals Borda ha trabajado en los últimos años: el ordenamiento territorial, la valoración de lo local, el compromiso práctico, la crítica al Occidente y el retorno al campo. En el comentario me concentraré en dos de los temas que trata: la necesidad de un nuevo ordenamiento territorial y su posición crítica frente a la civilización occidental.

Un nuevo ordenamiento territorial

Desde la expedición de la Constitución política de 1991, Orlando Fals Borda ha sido uno de los principales promotores de la ley que definirá el nuevo ordenamiento territorial colombiano. Ello no es accidental. En primer lugar, su participación en la redacción de los artículos sobre ordenamiento territorial fue muy activa. Tal vez más importante aún es que Orlando Fals está convencido de que muchos de los problemas del país surgen de un inadecuado ordenamiento territorial. Su argumento es que existe una clara contradicción entre el "mapa oficial" y el "mapa real" del país: "Este proceso de disyunción entre lo formal y lo real ha sido una pauta constante en el régimen territorial colombiano. Es causa de desequilibrios regionales de riqueza y de insuficiencia en el manejo de la cosa pública. Aunque no lo parezca, está en la raíz de la inviabilidad que ha estallado a varios niveles. Los casos más sensibles son aquellos producidos por

desigualdades económicas entre las regiones —algunas muy prosperas, como el Eje Cafetero; otras muy pobres, como la del *hinterland* costeño— que no permiten el progreso equitativo”.

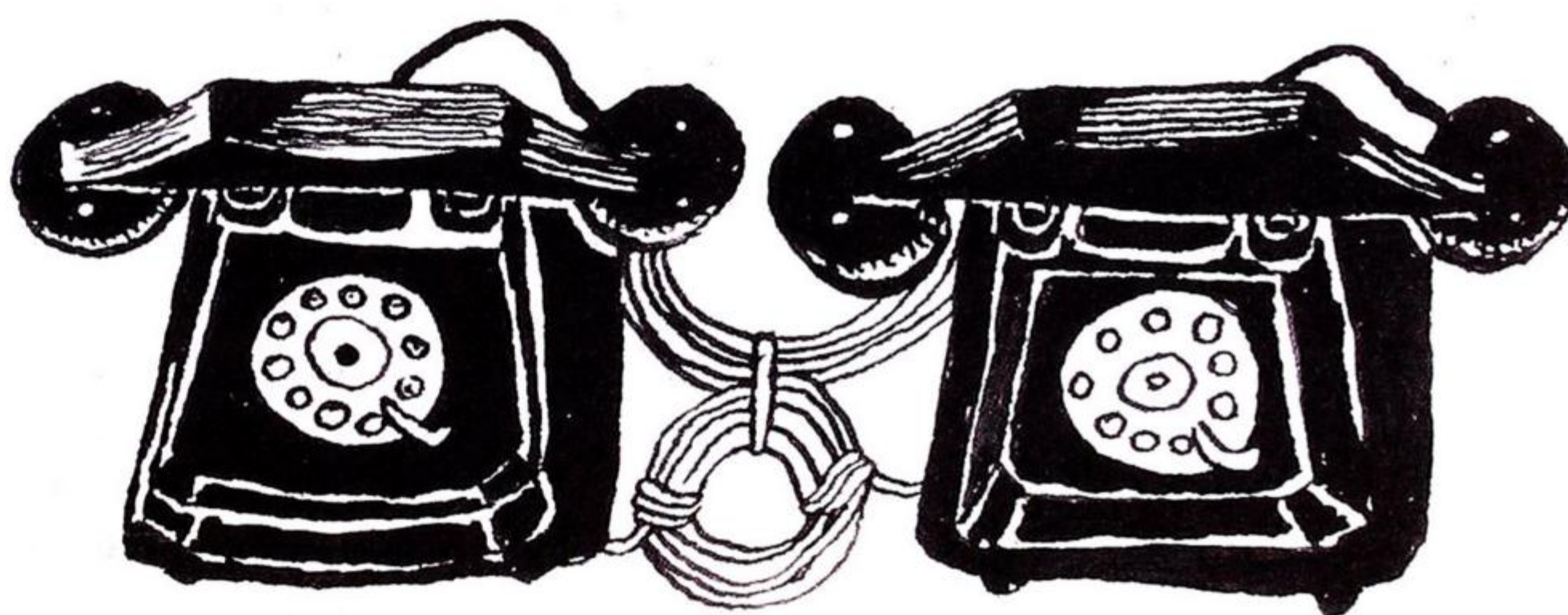
Ante lo anterior, la solución que nos plantea Fals es recomponer los límites formales de las entidades territoriales, lo cual conducirá “al progreso general por la correcta planificación socioeconómica participativa que induce”.

Más exactamente, lo que propone es que el país adopte una arquitectura territorial nueva, en concordancia con los artículos 306 y 307. Es decir, que se eliminen los departamentos y se dé paso a las regiones y las provincias o subregiones. En su opinión, con ello se solucionarán no sólo los desequilibrios económicos regionales sino también los de la inestabilidad política: “...porque la región, a diferencia del departamento faliente, recompone a la nación destrozada, y preserva y refuerza lo poco o mucho que queda de la unidad nacional que, con tanto tropiezo, hemos venido construyendo”.

Pues bien: no comparto la exagerada opinión de Fals sobre los posibles beneficios de una reingeniería en la organización territorial. Es más: no sólo no la comparto sino que considero que de llegar a establecerse esa nueva arquitectura estatal habría serios riesgos de un aumento en los costos administrativos y en la aparición de maquinarias clientelistas peores que las que conocemos. A continuación explicaré por qué.

El análisis de Fals parte de su entendimiento de que el ordenamiento territorial tiene un efecto enorme sobre las posibilidades de crecimiento de las regiones. Por eso, la diferencia entre la prosperidad de los departamentos cafeteros y la pobreza de las zonas rurales de la costa caribe sería, en su opinión, producto de la falta de concordancia entre las regiones reales y su formalización institucional. Sin embargo, no hay evidencia al respecto. Los estudios de los historiadores económicos muestran que las disparidades económicas regionales en Colombia

son el fruto de las diferentes experiencias exportadoras y los tipos de encadenamientos de esa actividad con el resto del aparato productivo. En los primeros decenios del siglo XX, por ejemplo, el ascenso del café les permitió a los departamentos de colonización antioqueña elevar su crecimiento económico por encima del resto del país y sentar las bases para la industrialización de Medellín. En contraste, en la costa caribe los efectos macroeconómicos del auge cafetero les quitaron competitividad a las exportaciones locales y se redujeron enormemente, llevando a un crecimiento rezagado con respecto al de la zona cafetera, un fenómeno que los economistas denominan enfermedad holandesa.



El diagnóstico de Fals también desconoce los trabajos recientes de los economistas que estudian el crecimiento regional del país y lo que han encontrado al respecto. Autores como Mauricio Cárdenas, Armando Galvis y Jaime Bonet señalan que lo que determina el crecimiento económico de las regiones y departamentos colombianos son factores tales como el capital humano, la infraestructura, el crecimiento demográfico y factores de tipo institucional, como la calidad de la administración local.

En la perspectiva de los aportes de esos autores, no tiene ningún sentido tratar de arreglar esas disparidades económicas territoriales mediante el reordenamiento territorial. Lo que hay que hacer es nivelar las disparidades en los niveles de capital humano e infraestructura y mejorar la competitividad de sus bases exportadoras.

El último punto que quiero tratar, con relación a la insistencia de Fals en la necesidad de rediseñar el andamiaje territorial colombiano, es que lo que claramente triunfó en la Constitución de 1991 fue el municipio como célula central de la organización administrativa del país. El departamento quedó muy debilitado y las regiones y subregiones están incluidas como nombres sin ningún fundamento. Por esa razón, en más de un decenio de esfuerzos por parte de los defensores de la regionalización del país no se ha logrado avanzar mayor cosa y ni siquiera hay una ley de ordenamiento territorial. El problema de fondo es que en la Constitución de 1991 no se asignaron ni recursos ni funciones claras a las regiones y subregiones (provin-

cias). Los artículos 306 y 307 son artículos residuales que no están en la columna vertebral de la organización territorial colombiana, tal como quedó establecida en la Constitución de 1991. Por tal motivo, cualquier ley de ordenamiento que se apruebe no tendrá mayor fuerza.

¿Se hubiera podido lograr una mejor organización territorial del país eliminando a los departamentos y creando regiones y subregiones? Es posible. Sin embargo, las sociedades no son tablas rasas sobre las cuales se pueden imprimir los magníficos diseños que salen de la mente de los ingenieros sociales. No. Las instituciones son fruto de accidentadas historias y hay mucha inercia (*path dependence*), y una vez la baraja está repartida resulta costoso tratar de reordenar para mejorar. Por ello, a menudo resulta más viable el mejoramiento en el margen.

En esa medida, tal vez resulte mejor aceptar el actual ordenamiento territorial del país y tratar de mejorarlo en donde hay claras falencias: por ejemplo, el sur de Bolívar, la debilidad de los departamentos y el fortalecimiento de algunos territorios con necesidades especiales.

Este debate sobre qué va a pasar en el futuro con el ordenamiento territorial colombiano es de enorme importancia, ya que, si nos vamos por la vía que nos propone Fals, perderemos tiempo y recursos escasos, los cuales podríamos dedicar a resolver los problemas regionales por vías más efectivas. ¿Qué hacer? Para las regiones rezagadas de Colombia no hay mejor política que la elevación de su capital humano por medio de programas focalizados geográficamente. En ese sentido se deben dirigir nuestros esfuerzos y no en el montaje de un esperpento burocrático regional llamado a caer en las fauces de los políticos clientelistas, como sucedió, por ejemplo, con los Corpes.



Pero lo que me parece más importante resaltar es que podemos tener un regionalismo activo, efectivo, sin necesidad de apelar al albur de las regiones como entes territoriales.

Una variante del antioccidentalismo

Con el ascenso de las naciones occidentales a un lugar de primacía económica, especialmente después de la revolución industrial del siglo XVIII, el mundo se ha ido occidentalizando. Las respuestas a dicho proceso en la periferia han sido variadas. Tal vez la más efectiva desde todo punto de vista es la de Japón. Después de la apertura que le impusieron las potencias occidentales en 1853, los dirigentes de esa nación, ante el drama de su evidente rezago económico, tecnológi-

co y militar, se dispusieron a copiar e imitar lo mejor de la tecnología e instituciones occidentales. Lo lograron con tanto éxito que hoy en día es la única nación no occidental con altísimos niveles de desarrollo económico. Además, y tal vez en buena medida por ello, han logrado mantener su cultura milenaria.

En este libro, Fals nos propone una vía diferente de la que tomaron los japoneses después de la restauración Meiji de 1870. Por ejemplo, en la página 72 critica la europeización de la educación colombiana en el siglo XIX. En mi opinión, lo que está defendiendo es el oscurantismo. Fals ve como algo negativo la traída en 1871 de los normalistas alemanes para organizar el sistema de educación primaria colombiano.

Cualquiera que estudie el milagro económico japonés después de 1870 sabrá que éste se basó en la copia e importación de muchas experiencias occidentales. Pero hay una en particular que desde la perspectiva colombiana me parece a la vez envidiable y triste. Todos los libros de desarrollo económico que se refieren al caso de Japón destacan como una de las principales reformas introducidas en 1871 la reorganización completa del sistema de educación primaria con la asesoría de normalistas alemanes. Alemania tenía para entonces tal vez el mejor sistema de educación primaria pública del mundo, y fue precisamente por eso que Japón los invitó. También fue por eso que Colombia los invitó en el mismo año. Pero en Japón siguieron las recomendaciones de los alemanes, europeizaron su sistema de educación pública y lo convirtieron al cabo de unos años en uno de los mejores del mundo y en una de las bases de su éxito económico y social. En contraste, en Colombia, poco tiempo después de la llegada de los profesores alemanes, el partido conservador retornó al poder y deshizo las reformas introducidas, para volver al oscurantismo en que la Iglesia católica tenía sumida la educación. Pero, al parecer, para Orlando Fals Borda esto era mejor que la europeización de nuestra educación:

“Porque no se hace una nación digna de respeto importando, imitando, copiando de otras sino creando con lo mejor que proviene de sus propias entrañas”. ¿Qué tiene de indigno Japón?

A diferencia de Japón, en otras áreas del mundo el ascenso de Occidente ha sido visto con cierto desprecio defensivo que ha llevado a demeritar las cosas positivas de Occidente, llevando a peligrosos nacionalismos o aislacionismos retrógrados. Un ejemplo de lo primero es la Alemania del Tercer Reich. Aspectos centrales de la ideología nazi eran el antioccidentalismo, el anticapitalismo, la exaltación del *Volk* alemán atado a la tierra, la naturaleza y la valoración de las supuestas tradiciones milenarias de los teutones. Por supuesto, los judíos representaban todo lo opuesto de esto, pues eran cosmopolitas y urbanos.



Otro ejemplo de una amplia reacción ideológica antioccidental en un país rezagado es el de la Rusia del siglo XIX. En ese caso, un amplio sector de la dirigencia antizarista optó por “un regreso al pueblo” y la exaltación de los valores culturales propios y un paneslavismo aislacionista que buscaba una vía al socialismo sobre la base de las tradiciones comunitarias de los campesinos rusos. Todo ese clima intelectual antiliberal y antioccidental contribuyó, sin lugar a dudas, a la trágica historia política de ese país en el siglo XX.

Comentario final

Uno de los aportes más importantes que puede hacer un intelectual es contribuir a un debate constructivo donde se clarifiquen los puntos de vista sobre temas de primerísima

Museo de Arte del Banco de la República









prioridad para la sociedad de la cual forma parte. Poco importa finalmente si sus ideas resultan a la larga refutadas, aceptadas o reformadas. Lo significativo es que se haya contribuido al entendimiento de los problemas y sus soluciones. Debemos felicitar a Orlando Fals Borda por su libro *Ante la crisis del país. Ideas-acción para el cambio*, como siempre polémico, sugerente, enfrentando grandes temáticas de la vida nacional y posibles cursos de acción. Ese debate franco, respetuoso de las personas, es lo que necesita nuestra democracia. Y en este sentido Fals siempre está poniendo su granito de arena.

ADOLFO MEISEL ROCA

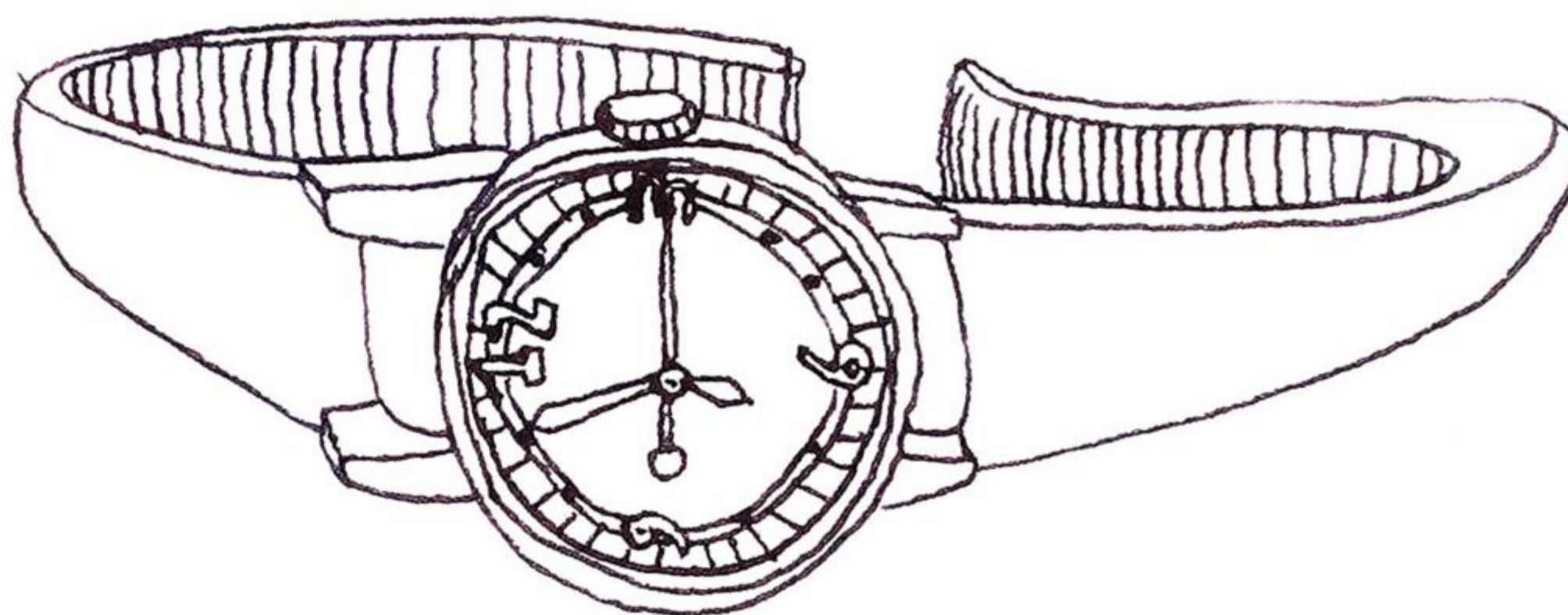
Parrafadas construidas con retazos

**Diosas de tempestad.
La mujer precolombina**
Flor Romero

Fundación Universidad Central,
Bogotá, 2001, 159 págs.

La historia occidental en general ha sido un producto de hombres, realizado por hombres para hombres, lo que ha significado en realidad la invisibilidad de los hechos y aportes de la mitad de la humanidad, aunque ahora algunos autores suponen que en el vocablo *hombre* se incluía a la humanidad entera y que es simplemente lo que desde la antropología se ha llamado “economía del lenguaje”. Sin embargo, o a pesar de la justificación, lo que se esconde es la discriminación: la invisibilización de la mujer, producto de una sociedad jerarquizada, donde los “Hombres” dominan, y por supuesto no todos, sino Unos en especial, aquellos sobre quienes se escribió la historia: los grandes militares, empresarios o gobernantes de las naciones

que dominan o han dominado en el planeta. Esto implicó, desde el punto de vista de nuestra historia, que se desconociera cómo han sido los procesos sociales que se llevaron a cabo en estas regiones antes de la presencia de los españoles, especialmente del mundo femenino.



Este libro de Flor Romero intenta abrir un espacio de conocimiento sobre quienes han sufrido una doble discriminación: las mujeres indígenas, e intenta rescatar algo de la historia de la mujer precolombina a través de un recorrido por la mitología indígena, las crónicas españolas y la interpretación de señales encontradas en las cerámicas, joyas y otros restos arqueológicos. Parte Romero de la idea de que estos objetos, legado de las antiguas sociedades que vivían en estas regiones, como muiscas, quimbayas, agustinianos, tumacos y otros, revelan el lugar de la mujer en las sociedades en las cuales se encontraba, y esto no sólo porque los hombres que elaboraban artículos como la cerámica las representasen, sino que ellas mismas elaboraban objetos en los cuales plasmaron sus imágenes.

Nos dice la autora que las mujeres tuvieron el poder en el antiguo territorio de lo que hoy es Colombia, y lo ejercieron hasta que los hombres, con argucias y engaños, lo usurparon y lograron la dominación que continúa hasta nuestros días.

Ahora bien: Flor Romero, para “intentar la restitución de la mujer nuestra al sitio que le corresponde” (Introducción)¹, abarca diferentes momentos de estas sociedades, comenzando por el origen de las indias e indios americanos. Para esto se

basa en autores tan prestigiosos como Florentino Ameghino, famoso paleontólogo argentino, el estudioso alemán —residente en Colombia, resalta la autora— Philip Florke o el cubano Alberto Prieto. Pero nuestra concienzuda escritora no escatima molestias en su intento de

reivindicación de la mujer precolombina y recurre a prestigiosos especialistas como el arquitecto Jaime Gutiérrez Lega, la experta en arte precolombino Luz Miriam Toro o el arqueólogo Álvaro Boitía, personajes entre muchos de una pléyade de luminarias del saber antropológico, arqueológico, sociológico, etnológico, filosófico, semiológico, etc. y varios etcéteras más, con los cuales “vamos a leer cerámicas, diseños de tejidos, figurillas de oro y de tumbaga. *Vamos a darle juego a la imaginación* para rescatar a esta mujer precolombina, que fue nuestra gran-gran madre antes del tiempo y siempre presente en todo tiempo”² (ibíd.).

Debo decir que Romero, quien ha sido primera consejera de la embajada de Colombia en Francia (1974-1982), catedrática de “literapolítica” en la Universidad Javeriana, autora de numerosos libros, como las novelas *3 kilates 8 puntos*, *Mi capitán Fabián Sicachá* o la *Rue des Autres* y presidenta de la Uneda (Unión de Escritores de América), no ahorró esfuerzo alguno, al igual que sus entrevistados y colaboradores, para *darle juego a la imaginación* en su intento de alcanzar sus propósitos.

Como ya había indicado antes, la autora se remonta al poblamiento primigenio de América para hablar de la mujer precolombina y para